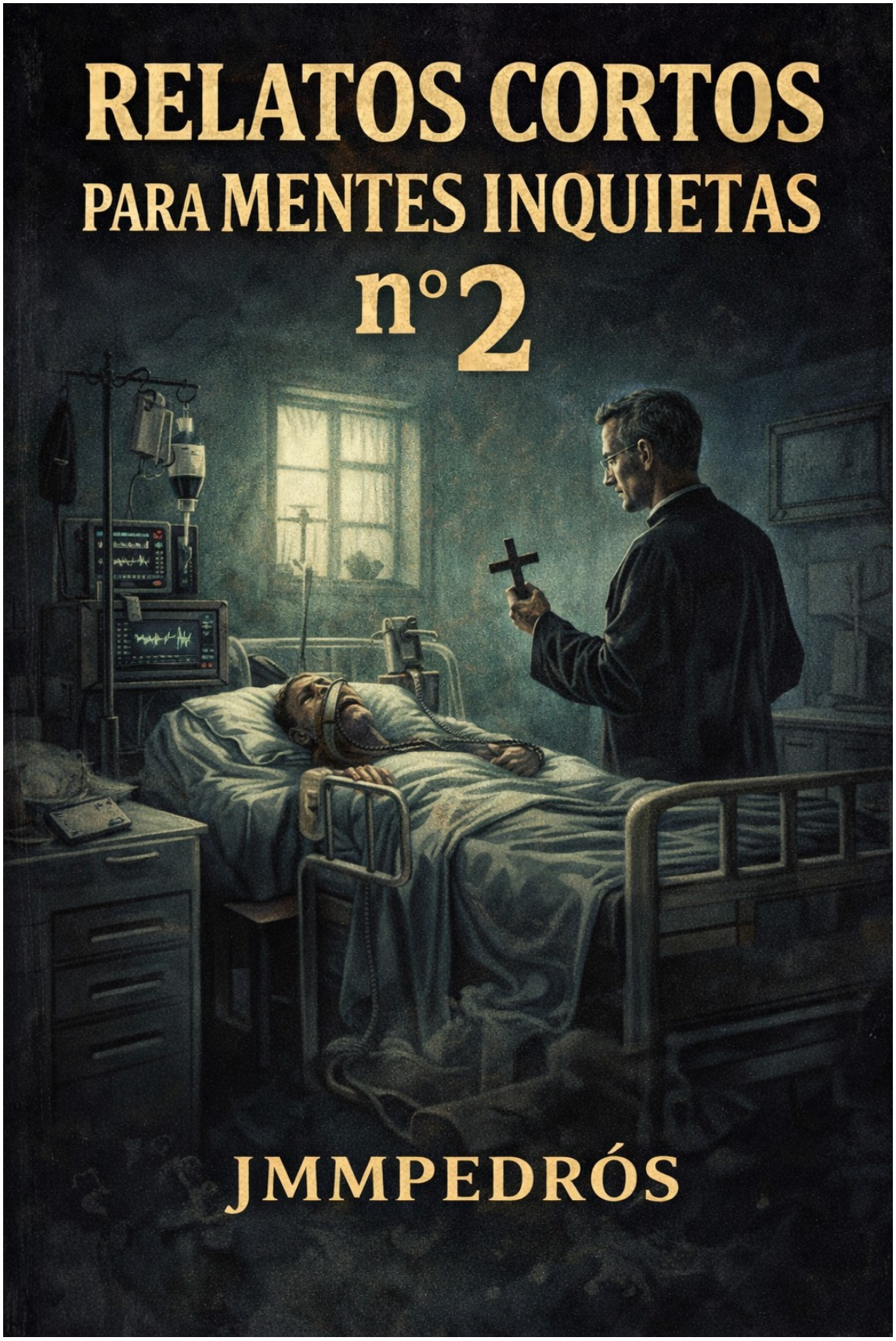
RELATOS CORTOS
PARA MENTES INQUIETAS
n°2



JMMPEDRÓS

RELATOS CORTOS PARA MENTES INQUIETAS 2

Licencia: Creative Commons Atribución–NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0).

Esta obra puede compartirse, copiarse y adaptarse para fines no comerciales, siempre que se reconozca adecuadamente la autoría.

Autor: JMMPEDRÓS

Para usos comerciales, traducciones editoriales o cualquier otra explotación con ánimo de lucro, es necesario el consentimiento expreso del autor.

Licencia completa:

https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/

Sinopsis

Nota de la serie

Este libro forma parte de una **serie de ocho volúmenes de relatos cortos** unidos por una misma intención: utilizar el **humor negro** para explorar la cara más incómoda, absurda y cruel de la condición humana.

Las historias que componen esta colección son independientes entre sí, pero comparten un mismo pulso narrativo: personajes atrapados en su propia miseria, situaciones cotidianas llevadas al extremo y una mirada irónica que no concede redención ni consuelo. Aquí la risa no es amable, es una reacción defensiva; y la sátira no suaviza, señala.

A lo largo de los ocho libros, la serie construye un retrato progresivo de aquello que preferimos no mirar: la hipocresía social, la violencia latente, el egoísmo, el deseo, la fe cuestionada y los límites morales que se rompen cuando nadie observa. No hay héroes ni moralejas. Solo consecuencias.

Esta colección no busca agradar ni provocar por capricho. Busca incomodar con honestidad. Cada volumen es una pieza más de un mismo descenso.

Advertencia: lectura recomendada únicamente para lectores sin miedo a verse reflejados.

ÍNDICE

EL OPORTUNISTA **5**

¡QUEJAS! **9**

EL MANIQUÍ **14**

LA RANA Y EL ESCORPIÓN **19**

LA ESCALERA **22**

LA GRANJA HUMANA **24**

EL MILITAR **27**

LA BEATA **37**

EL OPORTUNISTA

«El viento caprichoso, que me trasladaba con su peculiar suavidad, me llevó por el cielo de una gran ciudad atestada de un polucionado tráfico, en un día de frenética laboriosidad, lo mismo que un gran enjambre de abejas. Los autos y autobuses daban ese ambiente a corrupción, junto a unos seres que intentaban sobrevivir en esta gran colmena llamada ciudad.

Aterricé al lado de una religiosa, la cual estaba viajando dentro de la barriga de un atestado transporte urbano. Como sardinas en lata, estaban muy juntos hombres, mujeres, niños y ancianos. Todos con sus problemas, evitando mirarse, rehusando tocarse. Un acto de repulsa les recorría el cuerpo, cada vez que, por una de aquellas, el autobús en un viraje o en una frenada originaba que inexorablemente se tocaran.

Un oportunista sin escrúpulos, que no le hacía asco a nada: digamos un adolescente pecoso con las hormonas más que revolucionadas, se pegó a ella. No era la primera vez que lo hacía. Su experiencia en este oficio de pulpo le reportó grandes satisfacciones, ya que sus presas no advertían peligro en este insignificante muchacho imberbe.

En su calenturienta mente divagaba se relamía. Era la primera vez que tan apetitoso plato se le presentaba. El morbo de tal situación le excitaba tanto que intentaba disimular la crecida de su entrepierna. Aparte que pudiera gritar o quizás delatarlo. Al muchacho, en su febril mente, le preocupaba que la monja estuviera con el periodo. A lo cual él se preguntó: ¿las religiosas serán como todas las mujeres?

Aún a riesgo de mancharse, lo mismo que otras veces en este arriesgado oficio, decidió que bien valdría la pena el desafío...

La monja en un primer momento pensó que aquello no era más que un incidente propio del hacinamiento que todos padecían, pero poco a poco fue notando la hábil mano del muchacho, que escalaba por debajo de su hábito hasta su pulcra ropa interior.

Un calor empezó a subirle desde su bajo vientre hasta estallar en su mente. Nunca en su vida tuvo esa sensación, ni lo más remotamente parecida.

¿Debería de gritar? ¿Apartar esa mano que le descubría los placeres prohibidos de la carne? ¿No estaba casada con Jesús?

Estas preguntas se mezclaban con la culpa y el remordimiento. El sudor en su frente no tardó en aparecer y los sofocos fueron en aumento. Hacía lo

indecible por disimular su ya próximo orgasmo, que cabalgaba como un caballo desbocado. Se mordió la mano en un esfuerzo por ahogar los resuellos, al que la naturaleza la estaba llevando a perder la cabeza. Nadie se dio cuenta. El muchacho terminó y ella se quedó quieta sin saber reaccionar. Aquella experiencia sin duda le atormentaría de por vida. Se recompuso como pudo y al llegar a su destino se apeó del bus.

El imberbe se congregaría con sus compinches para vanagloriarse de sus hazañas. Para él, aquello no fue más que una experiencia algo fuera de lo normal, pero para la religiosa, que no se explicó de qué forma llegó a su convento, la experiencia le afectó de tal manera que la culpa y el remordimiento hacían mella en su delicada salud.

Tenía que confesarse, eso o tirarse a la vía del tren. La segunda opción era imposible, en su educación el suicidio era inamisible, pero también lo es el placer carnal. ¿Cuál de los dos pecados era el peor?

Estas dudas tenían cabida con los consejos y perdón de un sacerdote.

¡Usted que me está leyendo! Sí, estimado lector: ¿piensa de veras que hubiera actuado de otra forma? ¿Es usted más fuerte que la religiosa? Después de esta experiencia, mi ánimo se desploma ante tanta hipocresía. ¿No somos de carne y hueso? ¿Entonces para qué encorsetarnos en sectas religiosas? ¡No hay derecho que, a una persona, llámense como usted quiera y de cualquier religión, se la someta a un lavado de cerebro en el que el sexo está totalmente prohibido, so pena de pecado mortal!

¿Jesucristo no vino a la tierra a padecer como hombre? ¿Para qué? ¿Para tomar sus palabras como mejor les convenga a unos pocos? ¿Por qué nos quieren tener en la más estricta ignorancia?

Pero sigamos con nuestra heroína que todavía me atrae hacia donde vaya.

El olor a incienso combinado con el de la cera quemada me desveló el sitio adonde la monja se refugió. Con fervor, rezó todas las oraciones habidas y por haber, se devanó los sesos buscando en su memoria de cuando novicia le enseñaron a qué santo se podría encomendar su pecado. No encontrando consuelo en ninguno, tomó la primera decisión que siempre es la buena, acercándose al confesionario adonde un aburrido sacerdote estaba dormitando.

—Bendígame, padre, porque he pecado.

—El Señor esté en tu corazón para que te puedas arrepentir y confesar humildemente tus pecados.

—Mi última confesión no fue hace mucho, padre, usted lo sabe. Pido perdón a Dios de todo corazón. Señor, Tú lo sabes todo. Tú sabes que te amo. Me acuso también de todos aquellos pecados de los que no me acuerdo...

Mientras la bendita religiosa contaba su experiencia, el sacerdote no salía de su asombro. Una combinación de recuerdos de su etapa en el seminario, muy escondidos en el sótano de su memoria, empezaron a aflorar: esos tocamientos a escondidas, esos sudores al cruzarse con atléticos compañeros de ducha, esos roces y obligados choques en el deporte. Aunque le atormentaban y culpaban, nunca pensó que aquello representara pecado alguno. Al comentarlo con sus superiores, siempre le quitaban hierro al asunto. “Cosas de jóvenes inexpertos en la vida”. Todos tenían dudas, preguntas, a lo que, si él las tenía, no ofrecía importancia alguna que con un poco de penitencia y flagelación no se arreglara.

Intentó por todos los medios consolarla. Sus palabras bailaban en la mente de la monja, que no podía olvidar el recuerdo de lo vivido.

De esa manera terminó su confesión, medio convencida y con un sinfín de penitencias, de la que sin duda la mantendría muy ocupada, ya que el sacerdote pensó que lo mejor para su alma en pena era la distracción y el trabajo.

Durante un tiempo, el agotador trabajo, el continuo ayuno y las penitencias que se infringía ella misma a su delicado cuerpo acabaron por estropearle la salud.

En su celda escasamente amueblada y con el Cristo de madera de rigor presidiendo la cama, estaba nuestra monja, rodeada de hermanas constreñidas de dolor, pero una sensación rara que me costaba creer me transmitía una vibración insana y pecaminosa. ¡Si parece mentira que se pueda envidiar a una moribunda! ¡Así era! Sus compañeras veían esa mirada de beatitud que se le puso en su bello rostro el compendio exacto para estar al lado de Dios, según su educación, ya quisieran todas que cuando les llegará el momento tuvieran dicho rostro de santidad. Conseguido a base de atormentarse con trabajo duro y penitencias, que, aunque el sacerdote las impuso, ella fue más Papista que el mismo Papa, exagerando el castigo hasta extremos masoquistas.

Cuando las últimas agonías acudieron a su garganta, empezó a delirar. Se puso muy nerviosa, con ganas de levantarse. Sacó de los más recóndito de su ser unas inusitadas y renovadas fuerzas. Sus hermanas se vieron apuradas para poder sujetarla. Era tal la demencia que estaba demostrando que no tuvieron más remedio que atarla a la cama, en espera del desenlace.

Vómitos, convulsiones, gritos y un deseo irrefrenable de intentar agredir se apoderó de la infeliz. La cama tambaleaba lo mismo que si estuviera coja de una pata. La celda bajaba de temperatura sin causa aparente. La miserable bombilla que alumbraba la mezquina pieza reventó igual que si le hubieran disparado.

Ella se quejaba de los bichos que intentaban comérsela, de los fantasmas que desnudos pretendían llevársela al otro lado, de ruidos de cadenas al rechinar contra las paredes, de los gritos de infelices neonatos emparedados, que intentaban con sus manecitas salir de sus nichos, de la sangre que a borbotones manaba de su entrepierna, con el consiguiente peligro que murieran todas abogadas por culpa de la sangre de su abundante menstruación.

El paroxismo llegó cuando dijo que un muchacho imberbe intentaba violarla. Sus compañeras miraban a todas partes llorando, no sabiendo qué hacer ante tanto horror.

Si a todo esto le sumamos que abría las piernas sin ningún pudor, enseñando su manchada ropa interior, la escena era de lo más terrorífica, asemejándose a una película del más puro estilo satánico. Sus hermanas asustadas ya no la envidiaban, sentían pánico, con lo peor que pueda infundir una persona, asco y repulsión.

¿Qué pasó? Imagínense ustedes la religiosa con una horrible mueca, expirando su vida con la cabeza llena de espantosas figuraciones.

¿Qué esperaban ustedes? ¿Que recibiría ayuda sicológica? ¿Que sus queridas compañeras le ayudaran? ¿Que el cura le indicara lo correcto, que era acudir a un profesional? ¿O piensan ustedes que lo harían mucho mejor que ella? ¡Pónganse en su situación... inténtelo y verán que no es tan fácil! “Del dicho al hecho, hay mucho trecho”. ¡Aplíquense la frase!»

Fin

¡QUEJAS!

«Un tal Abraham (no, ese de la *Biblia* no), un judío que renegó de su fe, mal encarado, machista sin ninguna clase de miramiento hacia su mujer. Ella, harta de semejante trato, empezó a tramitar la documentación para la separación. Al contrariarse de su situación, Abraham se dedicó a buscar refugio en su religión. Ahora que se las venía mal dadas, le convenía reactivar sus creencias, ya que trataban a la mujer en segundo plano, teniendo solo el papel de criar a sus hijos. Desgraciadamente para él, solo tuvieron uno. Más de una vez le recriminó su pobre fecundidad, a lo que ella siempre le repetía que volviera a leer la analítica de sus espermatozoides. Rabioso y asqueado, se refugiaba en la sinagoga rezando con fervor renovado.

En una de sus fervientes invocaciones, pidiendo a su Dios ayuda para tan desgraciada situación, creyó oír en su febril mente al Señor que le hablaba:

—¡Abraham!

Y él le contestó:

—Aquí estoy.

Luego, el Creador dijo:

—Toma a tu amado hijo único, ve a la tierra de tus ancestros y ofrécelo como un sacrificio que debe quemarse completamente en la montaña que yo te indicaré.

A la mañana siguiente, Abraham se levantó temprano, le contó a su inocente hijo que el Señor le había encomendado sacrificar un cordero y él tenía el gusto de compartir con su muchacho este acontecimiento al que el Señor tuvo a bien indicar que lo acompañara, ya que era ya lo bastante mayor para el acto sagrado del sacrificio.

Después de engañar a su esposa, diciéndole que se llevaba al niño de excursión para que visitara la tierra de sus ancestros y luego de un guiño de complicidad hacia su hijo, subieron a su todoterreno. Compró madera para usarla en el sacrificio y se fueron luego hacia el lugar que Dios le indicó. Al llegar al sitio adecuado, se apearon del auto, ya que el camino hasta la zona era intransitable. Abraham tomó la leña que tenía para el sacrificio y la puso sobre los hombros de su hijo. Luego en una mano tomó el fuego y en la otra el cuchillo, y se fueron caminando juntos. Entonces su hijo, inocente, dijo a su padre:

—¡Papá!

Él respondió:

—Aquí estoy, hijo mío.

Su retoño le preguntó:

—Aquí tenemos la leña y el fuego, pero ¿dónde está el cordero que vamos a sacrificar?

Abraham contestó:

—Dios proveerá el borrego para el sacrificio, hijo mío.

Entonces, ambos siguieron caminando. Cuando llegaron al lugar que Dios le indicó, construyeron un altar y acomodaron la leña. Luego, Abraham ató a su hijo y lo colocó en el altar sobre las astillas. Inmediatamente, sacó un cuchillo para matar a su hijo.

Un corderito caminaba hacia ellos, Abraham lo miró sin más curiosidad que la extrañeza de semejante causalidad. En su mente discurrió que bien podía cambiar el cordero por su hijo, a lo que seguramente el Creador estaría conforme con dicho cambio. Desató al incrédulo de su hijo y apresó al pobre corderito que su único delito fue perderse en un descuido de su recelosa madre.

El pobre animal protestó aireadamente:

—¡Abraham!, ¿no te ha mandado Dios sacrificar a tu hijo?

—Estimado corderito, al verte comprendí los designios del Creador al haberte enviado en lugar de mi hijo —dijo Abraham lleno de gratitud hacia el desgraciado animal.

—¡Ni hablar! —contestó el cordero—. El Señor tu Dios te lo dijo bien claro, es a tu hijo y no a mí a quien quiere.

—¡No puedo, me falta valor! —repuso con actitud lastimera Abraham.

—Entonces tu Dios, que es celoso y vengativo, te condenara a ti y a tu descendencia hasta la décima generación a las peores plagas para tus cosechas y enfermedades para todos tus familiares por haber desobedecido las órdenes de tu Creador, que rescató a tu pueblo de Egipto librándole de la esclavitud. ¡Desagradecido! ¡Póstrate ante tu Dios!

—¡Un cordero que habla! —San Pedro no salía de su asombro al ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

El Creador, sin inmutarse lo más mínimo, alegó:

—¡No ves que está loco!

Jehová, visiblemente enfadado, arremetía contra su lugarteniente. San Pedro no simpatizaba con la broma, y menos que jugara de esa manera con su creación. Respondiendo aireadamente:

—¡Siempre haces lo mismo! Eres un receloso, exiges a toda costa que te demuestren su lealtad, ¿pero tú pretendes que asesine a su hijo porque tú se lo pides? ¿Quién está más loco de los dos? ¡Inmaduro, malicioso, celoso y cruel! ¡Estoy harto de ti! ¡O arreglas esto o dimito de mis atribuciones, no te digo más! —San Pedro, cada vez más enfadado, gesticulaba mientras echaba la bronca al Todopoderoso.

¿De verdad que ustedes por su religión matarían a su propio hijo? Háganse la pregunta, por favor. Luego de que buenamente se contesten, hay otras cuestiones que, a continuación, les paso para que ustedes tengan a bien responderme. ¿Qué clase de Creador es este? ¿Tenemos que demostrarle nuestra lealtad con una prueba? No tenemos ya bastante con esta vida de sufrimientos y pocas alegrías que encima tenemos por Dios, llámamele como ustedes quieran, a un ser de lo más cruel y despiadado. Me niego rotundamente a aprender esa parte de la experiencia, no entra dentro de mis sentidos y no cabe en lo más mínimo en mis convicciones. Nunca por nadie, ni por nada en mi sano juicio mataría a un hijo mío, y menos para demostrar nada.

¿Es que no basta, con no querer para los demás, lo que no quiera para uno mismo? ¿Tan complicado es todo? ¿O a alguien le interesa que sea complejo?

Me resisto a creer que aquello pudiera verdaderamente ocurrir, sino en la mente calenturienta de algún místico que lo único que pretendía era inculcar miedo.

Estoy muerto, sí. Pero no por eso dejo de interpretar lo que es razonable y lo que no. A mi entender esto es puro masoquismo religioso y como tal reniego de ello, ansiando irme ya a otra experiencia, que espero no me altere como la anterior.

No sé si mis quejas llegaron a buen puerto, pero ahora mismo (si es que existe un ahora, un antes y un después) me encuentro en una especie de sala sentado en un cómodo sofá (o es lo que a mí me parece), una música típica de esas que se ponen en los ascensores, mientras dudas de qué hablar con tu vecino, que por una de aquellas has coincidido allí mismo, suena con esa empalagosa melodía que te da más sueño que otra cosa.

Oigo mi nombre por los altavoces, que por cierto no se ven, ya que el sonido envuelve toda la estancia, sin adivinar de dónde proviene.

¿Alguien me ha dicho lo que tengo que hacer? En absoluto, actúo, más bien lo mismo que un autómata, sé que cuando oiga mi nombre tengo que abrir

digamos una puerta, entrar en un habitáculo en donde un elemento, digamos un burócrata, me recibirá y yo lo mismo que un buen chico me sentaré.

Pues sí, aquí estoy delante de un ser ¿celestial? En absoluto, digamos que puede parecerse a cualquier tipo vulgar de los que uno se puede encontrar en cualquier oficina.

—Veamos —me dice sin levantar la vista—, ¿usted no está conforme con las experiencias recibidas? ¿Verdad?

—¡Exacto! —le respondí muy altivo.

Después de ojear un sinfín de papeles, estornudar y sonarse las narices, me contestó:

—¡Mal asunto, muy mal asunto! —su tono entre paternalista y acusador me irritaba de tal manera que negros pensamientos asomaron a mi atormentada mente. Siguió hablándome y señalándome con el dedo acusador de un mal maestro de escuela de pueblo—. Veo que usted se quitó la vida. Nadie puede ni debe cometer ese pecado, sin atenerse a las consecuencias, ya que es una falta mortal de necesidad.

—¡¡Mortal!! ¿Dice usted? Pero si ya estoy muerto, ¿está usted ciego?

—Bueno, bueno, solo el Todopoderoso, y solamente él, elige el momento de la muerte —su contestación autoritaria y tajante no me dejó muchas alternativas, a lo que siguió hablando—. Hay muchas formas de estar muerto y una de ellas es en la que usted se encuentra. Tendrá que vivir todo lo que le quedó por aprender, todo lo que se dejó por vivir, de la forma en que el Creador lo considere oportuno.

¿Qué hacer? ¿Tenía voto en esto? Mis quejas fueron respondidas, aunque no me gustara el resultado, tendría que vivir de aquella manera todo lo que me perdí. Ahora no recuerdo quién me dijo que al estar muerto pasaría a un estado en donde todo desaparecería como por arte de magia, todos mis problemas se esfumarían, sería libre como un pájaro, lo mismo que el aire que va a donde le lleve los movimientos del mar y la luna, libre como las hojas que las mueve un viento caprichoso, libre sin más que pudrirme, regresar de nuevo a la Tierra de donde todos provenimos y hacia donde todos vamos.

¿Quise apearme antes de tiempo? ¡Desde luego que sí! ¿Sospesé las consecuencias? ¡En absoluto! ¿Merezco este castigo? ¡Sean ustedes mis jueces!

Aunque se dice: “No juzgues si no quieres ser juzgado”.

¿Les pongo en un compromiso? ¡Lo siento, tienen que mojarse, de ustedes depende mi perdón! ¿Por qué habrá clemencia? ¿No?

Seguiré escribiendo con ferviente resolución de que alguna persona le pudiera servir de experiencia, de esa manera me ganaría de algún modo la redención de mis pecados. ¿O me hundiré definitivamente en el pozo del dolor y sufrimiento por los tiempos de los tiempos? ¿Les cuento mis penas o prefieren que siga con mis obligadas experiencias?»

Fin

EL MANIQUÍ

«Unos seres oscuros, sí, esos que te devoraban, esos que vigilaban este mundo que no se sabía en dónde pudiera ubicarlo, pero sí son reales en la medida en que yo quisiera que lo fueran... me tomaron lo mismo que si fuera un fardo de basura inmunda. No me devoraron, no me extrañó, sabían que mi destino era peor todavía que esas almas que erraban sin pies ni cabeza. A esos son a los que devoraban y no a los renegados como yo.

Me tiraron lo mismo que a los desperdicios de un restaurante, acabando en un inmundo callejón de una gran urbe.

Allí en medio de los desperdicios, un par de piernas asomaban. Me acerqué en un curioso movimiento al que no pude reprimir, fui descubriendo que las extremidades iban acompañadas de un torso, con sus brazos, manos, cuello y una cabeza dueña de un inexpresivo rostro. Todo el conjunto grotescamente tirado, combinado con las inmundicias, parecía el cadáver de un guerrero envuelto en el barro del campo de batalla, pero algo en su inexpresivo rostro me llamó la atención: no despedía ni olor ni calor alguno. Fui descubriendo que dicho cadáver no era más que un muñeco de plástico.

¿Cómo era posible que me absorbiera tanto?

¿Qué tenía que enseñarme este maniquí?

—De todos y todo se aprende, amigo mío.

—¿Hablas? —respondí con absoluto asombro.

—Desde luego que hablo.

—¡Imposible! Eres de plástico... un simple maniquí sin vida...

—Para ti sí que tengo vida, recuerda que estás muerto —contestó muy enfático.

La situación tenía ya un cariz de lo más burlesco, yo, atraído por un muñeco al que sin duda la "Causa" veía en él algo para mi enseñanza. Me preparé armándome de paciencia en lo que sin duda era una más de las etapas a la que se me castigaba en un afán de verme sumido en una terrible desolación. En definitiva: paciencia y buena letra.

—Dime, muñeco, qué me tienes que contar, soy todo oídos —la verdad que mi tono, al oírme yo mismo, me pareció algo insolente y egocéntrico, a lo que sin duda no le sentaría bien al maniquí, pero qué le vamos a hacer, estoy muerto, permitiéndome semejante lujo.

—Todo empezó en la máquina inyectora de plástico, fui creada por multitud de Granulados de polietileno provenientes de plásticos reciclados que, al fundirse, fueron componiendo un maniquí de curvas femeninas perfectas, que serían la envidia de toda mujer: 90 de busto, 60 de cintura y 90 de cadera. La mujer "10" por excelencia. Junto con muchas compañeras estuvimos en un gran almacén a la espera de un destino para cada una de nosotras. Era tal el nerviosismo de la expectativa que todo el tiempo nos preguntábamos por nuestra suerte. Después, de un desesperante tiempo almacenadas y ver el devenir de roedores e incestos, que no tenían el más mínimo respeto, paseándose por nuestros cuerpos desnudos. Al final, mis compañeras fueron poco a poco desapareciendo. Todas nos deseábamos suerte y, aunque te pienses que no tenemos sentimientos, y que todo esto es porque estás muerto, no tienes nada más que fijarte, muy intensamente en cualquier maniquí. Si tienes paciencia, observarás que el semblante cambia a razón de la felicidad del escaparate en donde esté ubicado. Fui vendida a unos renombrados almacenes, vestí las mejores ropas de los principales modistas. En un lugar precioso de la vidriera hacía las delicias de las clientas que, atónitas y soñadoras, babeaban por los vestidos que tan bien me sentaban, pero todo en esta vida tiene su principio y su final. Nuevos tiempos llegaban y negros nubarrones se asomaban al futuro de los maniquíes.

Un buen día apareció una nueva diseñadora de escaparates, viendo que los muñecos antes imprescindibles, ahora la modernidad y la originalidad mandaban. En consecuencia, nos cambiaron por unas cajas pintadas de colores y algún que otro trasto viejo rehabilitado: material reciclado de televisores y radios antiguas estratégicamente situadas, dando un ambiente a lo vintage, que tanto se llevaba. Los pocos maniquís que se usaban no llevaban cabeza. De esa manera, nos quitaban lo poco de humanidad que aún nos quedaba. Debido a las circunstancias fui apartada junto con otras compañeras. Sí, tuvimos tiempo, mucho tiempo para contarnos nuestras desdichas. Dicen que las desgracias juntas y en grupo son menos desgracias, pero dolían igual. De esta manera, junto con mis compañeras pasamos el calvario de ser abandonadas en el cuarto de los trastos a la espera de tiempos mejores que, por supuesto, no llegaban. En cierto momento, alguien en un afán de querer ganar méritos, se le ocurrió que bien pudiera ganar algo de dinero, llevándonos a todas a un punto de reciclaje. En consecuencia, juntas fuimos cargadas por manos rudas sin ningún respeto, lo mismo que cualquier desperdicio a un camión, que desde luego antes que nosotras llevó basura, o algo peor, a tenor de la peste que lo impregnaba todo.

En el contenedor de material para el reciclaje estábamos todas juntas, apretadas y de cualquier manera, lo mismo que si fuéramos sardinas en lata, sin ningún tipo de pudor ni consideración. ¡¡Yo, que antaño vestí con la ropa más cara y selecta de la ciudad y era la envidia de todas las clientas que no podían ni siquiera soñar enfundarse esas prendas de infarto, con esos pechos

que nunca perdían su forma, siempre bien erguidos, era la envidia de los maridos que ensoñaban lo mismo para sus esposas!! ¿Y qué me dices de esa cara sin arrugas, por lo que siempre burlábamos al tiempo y esas caderas de diosa que solo las llevaban las mujeres protagonistas de los húmedos sueños de jóvenes imberbes?

Con todo lo que fui, ahora languidecía junto a toda clase de desperdicios, pero la vida da sorpresas y siempre hay alguien que nos cuida, puede que te parezca ridículo, pero tengo una vana esperanza de que tengamos un Creador que cuide de nosotras o simplemente tenga a bien apenarse de sus creaciones de plástico.

Con el transcurso del tiempo, apareció rondando un vagabundo. Pobre desgraciado que deambulaba rebuscando en la basura. Por sus trazas parecía ido. Al dar con uno de mis brazos, tiró de él, sacándome toda entera. Su cara adquirió una felicidad de inocente niño. Se me llevó consigo a su destartalada casa llena de cachivaches.

Encima de un par de cajas de madera a modo de altar improvisado: adornado por cartones, posters de caducos deportistas, calendarios con fotos de chicas ligeras de ropa y acompañado por dos cirios que le daban un aspecto lúgubre a la estancia. Allí estaba yo; de un escaparate de las mejores tiendas de la cuidad, a pasar a ser adorada por un pordiosero... era tal la fe y devoción del personaje que incluso a mí misma me tocó mi corazoncito.

¡¡No te rías!! ¡¡Te piensas que no tenemos sentimientos!! ¡¡Soy de plástico, pero tengo un Creador!! ¡¡Lo mismo que tú!! Con tu permiso, seguiré con mi relato, gracias.

Su inocencia de ido me llegó muy hondo, tanto que por una razón que se escapa a mi intelecto sentí algo húmedo corriendo por mi inexpresivo rostro.

«¡¡Sangre, mi virgen llora sangre!!».

Los gritos del vagabundo me asustaron de tal manera que si hubiera podido me tocaría la cara para comprobar tal descabellada afirmación. Salió corriendo, lo mismo que si en ello le fuera la vida, al cabo del tiempo apareció con más compañeros. Al verme, profirieron gritos y exclamaciones de asombro, cayendo de rodillas, emprendiendo con una letanía continua de rezos y lamentaciones.

Poco tardaron los medios de comunicación en hacerse eco de la noticia. Lo que antes fue un altar improvisado, se convirtió en la envidia de cualquier catedral: no faltaban días y noches los clásicos velones, inundándolo todo con ese característico olor a cera quemada. Junto con las beatas remilgadas, los tullidos y enfermos que como moscas acudían a la miel de la fe y la esperanza. Aquella maltrecha chabola se vio más concurrida que cualquier estación de metro en hora punta.

Me vi engalanada con un sinfín de billetes de banco, con la promesa de acceder a sus ruegos. Aquello se convirtió en una feria, donde se vendía de todo lo que uno se pueda imaginar. Los carteristas hacían su negocio con los confiados creyentes que acudían con la esperanza de que les aliviaran el sufrimiento, y lo único que conseguían era que les vaciaran la cartera. Vinieron de todas partes del mundo: ateos, renegados que caían a mis pies pidiendo perdón, religiosos arrepentidos de haber perdido su fe, usureros, malhechores de ínfima condición y un sinfín de personajes, que sinceramente acudían por pura curiosidad. Yo, henchida de orgullo, contemplaba esa peregrinación de almas en pena buscando una esperanza que no encontraban en su parroquia. Desde luego, era un hecho inexplicable, manaba sangre por mis inexpresivos ojos. Era la admiración del mundo: “En una miserable chabola del extrarradio de la ciudad se produjo un milagro”.

Contundente noticia que dio la vuelta al mundo entero, incluso en otras religiones aquello fue un bombazo.

¡No te crees una palabra de lo que te digo! Al verme aquí tirada te piensas que te engaño. ¿Qué necesidad tengo de tal cosa? ¡Fui tocada por el Creador! Fui bendecida, la elegida para transmitir el dolor del Todopoderoso, que a través de mis ojos quiso demostrar al mundo la cantidad de violencia que hay en este planeta. Por todo esto, y por mucho menos se mataban entre ellos.

Quedé muy impresionado por el relato de este destartalado muñeco. Una vida muy interesante, pero diría que se le fue la cabeza, y nunca mejor dicho, ya que la tenía en muy mal estado.

En el momento que me estaba preguntando por la vida y andanzas del maniquí, apareció un perro olisqueando los restos de la basura en un vano afán de encontrar algo que llevarse a la boca. Mientras levantaba la pata en una clara acción para aliviarse la vejiga me dijo:

—No le hagas mucho caso a esta loca. No es todo oro lo que reluce —el can, con parsimonia y de manera que el tiempo no contara en absoluto para él, siguió diciendo—. No te ha contado toda la verdad. Yo estuve rondando aquella chabola, que por cierto en esa época no me faltaba una buena comida para llenarme la barriga, ya que el trajín de las multitudes de devotos me lo proporcionaba. En consecuencia, yo era el primer interesado para que aquello no acabara nunca, pero maldita la gracia cuando descubrieron que aquel líquido que manaba de sus ojos no era de sangre. Según un ministro de la Iglesia, mandado expresamente para analizar el evento, tuvo la santa paciencia de hacer lo que a ningún científico se le ocurrió: estuvo varios días, con sus correspondientes noches, observando el acontecimiento. Un buen día, salió a los medios de comunicación con la cara roja por el esfuerzo por contener la risa que luchaba por salir de su gran boca. Como pudo, se contuvo las ganas de

burlarse de todos, sujetándose la barriga, en donde los movimientos eran más que significativos.

Acto seguido, empezó a desgranar el milagro de las lágrimas de sangre. El análisis fue rotundo: el culpable era el rocío de la mañana. Al despuntar el día se volvía agua, que, a su vez, combinado con los tintes que al maniquí le fueron impregnados en su fabricación, para darle un aspecto más humano si cabe y junto con el histerismo colectivo por el afán de buscar un ídolo al que dirigirse y agarrándose a un clavo ardiente, a la que la fe ciega juega esas malas pasadas, compuso todo el panorama al que nos vimos todos metidos, quisiéramos o no —tal como apareció se fue el chucho, con su parsimoniosa forma de andar y, por supuesto, con el hocico a ras de suelo en busca de su sustento...

Ahí estaba el maniquí abandonado, para que la humillación de algunos no transcienda más allá de sus conciencias, en esta calleja sucia en donde los desperdicios del olvido se dejan para que nadie los recuerde, y se abochornen de haberlos conocido en un tiempo anterior»

Fin

LA RANA Y EL ESCORPIÓN

«Una pareja: eran jóvenes, modernos y cuerpos moldeados por la dieta y el gimnasio, con una casa amueblada al estilo contemporáneo, deduje enseguida que llevaban poco tiempo unidos. Todo olía a nuevo, incluso esa unión despedía un tufo a inexperiencia.

El hombre me transmitió una sinceridad que rayaba en la inocencia. Ella, una mujer muy actual, pero no dejaba de ser una fémina, que, aunque nos parezca injusto siempre maduran antes que nosotros. Trabajaban los dos, en unos horarios que no les permitían tener una relación digamos clásica, de la mujer en casa y el marido trabajando. Ella lo llevaba bastante bien, criada en un ambiente de familia de padres que todavía seguían juntos después de tantos años. Él quizás pecaba de ver la vida en pareja, lo mismo que una relación de amistad con derecho a cama. Ella, más tradicional e inculcada por sus padres, copiaba descaradamente a su madre. Siempre ponía como ejemplo la larga duración de su propio matrimonio.

El tiempo fue pasando y los hijos no venían. Negros nubarrones amenazaban la convivencia de la pareja. Ella, desde luego aguijoneada por su madre, lo pasaba bastante mal. Él en lo único que padecía era en que su hombría quedaba en entredicho, pero siempre había soluciones. Por lo tanto, aquello no le quitaba demasiado el sueño. La relación de nuestra pareja de enamorados se fue enfriando, lo mismo que un pastel recién sacado del horno, al que sin duda no se puso delante de la puerta de un colegio. Bueno exceptuando la gracia, que la verdad no tienen ninguna, seguiré con las aventuras de este par de pimpollos acaramelados.

¡Hay! El gimnasio, ese antro de perversión en donde las chicas van con esas mallas tan apretadas que se les marca absolutamente todo. Nuestro potro, que estaba más salido que un mono, ya que la relación estaba más que fría, se dedicó a observar a sus compañeras del gimnasio. El muy tonto, aunque todo hay que decirlo, era un chico muy bien parecido, a lo que las féminas tampoco es que ayudaran a que fuera fiel a su pareja. Precisamente, todo ese compuesto resultó explosivo, no tardando en empezar una relación con alguna de ellas, que pasaban muy, pero que mucho, la de simples compañeros sudando la gota gorda.

Ella, como buena fémina que era, tenía ese sentido del que los hombres carecemos o no le damos importancia. Las alarmas se le encendieron como una ambulancia conducida a toda velocidad. En repetidas ocasiones le preguntó, más que eso, lo interrogó. Hasta la fecha, él consiguió con evasivas desasearse de tal engorrosa situación, pero ella insistió usando todas las

armas en su poder, y, amigos, os puedo decir que, si una mujer usa toda su artillería, no se escapa absolutamente nadie.

Bueno, a lo que iba. El muy inocente empezó a creerse eso de "no te preocupes, que lo que hubieras hecho quedará entre los dos". De verdad, que no me enfado, no te echaré nada en cara y prometo que sea lo que sea te lo perdonaré todo. Ante eso, y las artes de su compañera, el muy inocente va y lo confiesa todo de cabo a rabo. ¿Qué pasó? Está más que claro: “Donde dije digo quise decir Diego”.

En consecuencia, acabaron separándose. Ella no pudo resistir su curiosidad y aunque sabía que lo más seguro era que aquello acabara mal, aún así, no paró hasta que le sacó a su pareja la verdad. Él, pensando o más bien deseando que su pareja lo perdonara, bajó la guardia y confesó.

¿Qué deduzco de todo esto?

Os lo voy a decir con una fábula que siempre me llamó mucho la atención y viene como anillo al dedo:

Había una vez una rana que, después de una buena comida a base de insectos descuidados, estaba sesteando a la orilla de un río. Resulta que un escorpión estaba holgazaneando por la zona y viendo la oportunidad de cruzar el río se le ocurrió que bien podía ayudarle la rana. Aunque sabía que eran enemigos naturales, aquello no le supuso ningún problema para pedirle a la rana un favor. Cuando se le acercó, el escorpión, con un sonido muy aflautado y deseando que no se le notara la necesidad del servicio, le dijo:

—Amiga rana, necesito cruzar el río. ¿Podrías llevarme en tu espalda?

La rana, molesta por la intrusión de su merecida siesta, le contestó:

—No. Si te llevo en mi espalda, me picarás y me matarás.

El escorpión, molesto por la desconfianza de la rana y viendo la forma de convencerla, aunque él ni siquiera se creía sus propias palabras, pero poniéndole un falso énfasis en su discurso, respondió:

—No seas mal pensada, si te picase, me hundiría contigo y me ahogaría.

Ante esta respuesta, la rana empezó a sospesar las opciones de que disponía: si no ayudaba al escorpión, pudiera ser que le picara allí mismo. De esa manera moriría inmediatamente; si le auxiliaba cupiera la posibilidad que dijera la verdad y solo tratase de cruzar a la otra orilla del río. De esta manera, eligió la segunda opción.

"¿Por qué no podría decir la verdad?", se dijo a sí misma en un afán de autoconvencerse.

El escorpión se colocó sobre la espalda de la rana y empezaron a cruzar el río. Al instante, de llegar a la mitad del trayecto, el alacrán picó a la rana. Esta, al sentir el picotazo y darse cuenta de que iba a morir, le preguntó al escorpión:

—¿Por qué me has picado, sabandija? ¿No te das cuenta de que tú también vas a morir?

A lo que el escorpión respondió:

—Rana… tú qué te pensabas, ¿que había cambiado? ¿Que éramos amigos? ¿De verdad llegué a convencerte que fuera en contra de mi naturaleza? ¿Esperabas otra cosa que no fuera picarte?».

Aunque el escorpión sabía que moriría ahogado, pudo más su condición que su devoción.

Apliquemos esta fábula a nuestra pareja.

Ahora, decidme, ¿quién de los dos era el escorpión y quién la rana?»

Fin.

LA ESCALERA

«Observé con incredulidad como dos sujetos, a los que no pude identificar con claridad, digamos que parecían seres sin rostro, estaban parados ante unos escalones que no conducían a ninguna parte. El uno llevaba una uniformidad propia de un obrero, con las herramientas y materiales propios del trabajo de albañilería. El otro también vestía como un trabajador, pero llevaba una gran maza. Me acerqué con la curiosidad propia de un inocente niño, que puede más que su intelecto, al que está mandando signos de no meterse en donde no le importa.

Cuando llegué a su altura, les pregunté:

—¿Qué hacen aquí y quiénes sois? —mi voz sonaba apremiante, ya que, aunque muerto no dejé de sentir una gran curiosidad.

—Estamos trabajando —su contestación dicha al unísono era seca y tajante, con un deje de asombro por mi cándida pregunta.

—¿Ocupados en qué? —pregunté con asombro, ya que me extrañaba mucho que en esta parte de la nada se trabaje. Ridículo, ¿verdad? Que después de muerto se siga ocupado... seguí preguntando—. ¿Estáis muertos?

—¿Difuntos? —respondieron con asombro—. No, te hemos dicho que estamos trabajando. ¿Qué te hace suponer qué estamos muertos?

—Bueno, yo estoy muerto, así que supongo que todo aquel que me encuentre también.

—Supones mal, te repetimos que estamos trabajando —respondieron cada vez más molestos.

—Bueno, pues díganme qué hacen ustedes —viendo que se me enfadaban, intenté recurrir al lenguaje universal de la buena educación.

—¿Seguro que quieres saberlo? —aquella contestación ya me preocupaba, pero esa curiosidad innata en el ser humano podía más que cualquier prudencia. Tomaron mi silencio por un sí, me respondió uno de los obreros—. Estoy construyendo los escalones de una escalera.

—¿Una escalera? —respondí muy extrañado.

—¿Es que no sabes lo que es una escalera? —me respondió huraño.

—Bueno, vale, no te enfades. Claro que sé lo que es una escalera, pero es ridículo: ¿una escalera en medio de la nada? ¿Y para qué?

—Está bien claro, estúpido. Esta escalera está formada por escalones. Cada uno de ellos representa las buenas obras realizadas en vida. De esa manera, cuantos más escalones tenga la escalera, más se acerca a la felicidad.

—¿Y tú? —pregunté al otro—. ¿Sí, dime, qué haces tú? —al ver mi dedo que le señalaba directamente, se molestó mucho. Se adelantó y casi encima de mí me respondió muy aireadamente:

—¡Yo! Soy el que rompe los escalones en caso de malas acciones y te puedo asegurar que tengo mucho trabajo.

—Bueno, entonces qué hacen aquí parados, que desde que estamos hablando ni construyeron ni destruyeron.

—De verdad que eres tan ciego que no lo adviertes. Está bien claro, maldito estúpido, no comprendes que son tus escalones.

—¿Mi escalera? —mi contestación sonaba muy tonta. La verdad que cuando estoy escribiendo esto me doy cuenta de lo estúpido de mi pregunta.

—Sí, tu escalera, idiota, más que tonto. Al matarte, paralizaste tu subida. ¿Ahora lo entiendes?

—¡Vamos a ver! —respondí muy aireado—. ¿Yo en algún momento pedí, o dije, o siquiera insinué que quería una escalera para subir al paraíso?»

Fin.

LA GRANJA HUMANA

«Un fuerte olor a comida pasada inundaba la sórdida habitación, en donde un elemento estaba tirado entre bolsas de patatas fritas y peligrosos manjares que sin duda asustarían a cualquier amante de la comida sana. Me atraía sin remedio. Por decirlo de alguna manera, algo me dijo que sería mi próxima lección. Era obeso, tanto que sin duda no alcanzaría a ver sus partes pudientes. Lo mismo que un marrano, se movía con dificultad entre la basura, rebuscando restos que llevarse a la boca. Aquello no era una boca, más bien parecía la entrada de una cloaca. A cada penoso movimiento, sus ventosidades reñían por salir de su orondo trasero.

Al final, lo que parecía ser una escalada al pico más temido del Everest, consiguió subir al desvencijado sofá. Se acomodó, refunfuñó y se removió como un gato buscando una postura adecuada. Zarandeó con las manos en el revoltijo de papeles, se dio cuenta de algo que le dolía más que quedarse sin comer; el mando a distancia no estaba en el sofá. Nada más pensar que tendría que buscarlo entre el maremágnum formado por su propia basura soltó una maldición acompañada de improperios hacia una madre imaginativa. Se abatió de tal manera que quedó donde estaba, pensando que quizás con su fuerza mental conseguiría encontrar el tan ansiado mando a distancia.

La escena era de lo más surrealista: allí estaba tirado cual ancho era el mastodonte. El mando a distancia ni se sabe, ni siquiera yo pude divisarlo y la televisión allí muda, invitada de piedra. Me estaba preguntando el motivo de dicha situación cuando por arte de magia se puso en marcha el aparato de televisión. Aquello a nuestro personaje le dio igual, ni siquiera se preguntó de qué manera se encendió la pantalla. Dedujo que sería su fuerza mental. ¡Vamos, digo yo! El caso es que, ensimismado y acaparando toda su atención, el televisor lo tenía completamente hipnotizado. Parecía como si los canales cambiaran a razón de los gustos de alguna fuerza a la que yo no veía, ni siquiera el marrano lo intuía. Toda la programación se basaba en comida: cómo prepararla, cómo comprarla, dónde adquirirla, dónde se podía comer, de qué país provenía... Y cuando algún programa acababa, automáticamente el televisor buscaba otros de similares características.

Aquello incluso a mí que estaba muerto me produjo que salivara, entrándome unas ganas terribles por comer algo sólido. La tortura era tal que hubiera dado lo que fuera por comerme un buen bocadillo de jamón con queso, regado con un buen tintorro de esos que se te suben rápidamente a la cabeza. La verdad es que estaba muy sorprendido, aunque observé que toda la estancia estaba cubierta de envoltorios y que él estaba muy grueso (no hacía

falta ser muy listo para deducir que era por exceso), pero en ningún momento observé que consumiera alimento alguno o que padeciera por lo que veía.

Ya pasado algún tiempo fui observando que el individuo estaba demasiado quieto. Extrañado, me acerqué lo suficiente para comprobar que sus ojos muy abiertos demostraban que tenía las pupilas muy dilatadas. Al momento, entraron unos seres de baja estatura, vestidos con una uniformidad propia de matarifes especializados en el despiece de animales: con sus altas botas de goma, gorros de redecillas y sus monos impermeables. Lo tomaron entre dos y lo pusieron en una especie de bandeja de metal pulido. De inmediato, sacaron sendos instrumentos cortantes, empezando a desmembrar el cadáver. Aprovechando todos y cada uno de los trozos, antes sacaron las vísceras y entrañas distribuyéndolos en sendos recipientes adecuados para su conservación. Pude observar lo cuidadoso y meticuloso de su trabajo, aprovechando hasta la sangre que bombeaban llevándola a un recipiente. Todo ello realizado en un tiempo récord y muy bien coordinado entre los dos. En cuestión de segundos, del marrano no quedaba ni rastro. Todo envuelto y dispuesto para su transporte. Desde luego, qué poco ocupa un cuerpo bien troceado y distribuido en recipientes apropiados.

Todo ello lo bajaron con diligencia hacia la calle, donde esperaba una furgoneta de transporte. Una vez cargado, fue transportado hasta un gran edificio en donde se transformará en un compuesto alimenticio.

¿Qué mundo era este que aprovechaba los cadáveres para alimentarse?

Estaba claro, cebaban a la gente para después aprovecharlo todo para su subsistencia. Unos seres muy raros a los que nunca vi ni siquiera en mis peores pesadillas. Se alimentaban de personas como usted y como yo. Estaba en una sociedad en donde los humanos eran tratados como verdadero ganado para satisfacer el apetito de estos seres que no sabía siquiera de dónde provenían ni dónde me encontraba, pero la repugnancia era tal que unas enormes ganas de vomitar acudían desde lo más hondo de mi estómago.

¿Era posible aquello? ¿Una granja humana? ¡¡Unos seres que nos engordan lo mismo que al ganado!!

Pero aquí no acaba la cosa.

¿En dónde estaba el alma del mastodonte?

Pueden matarnos, pueden comernos, pueden ultrajar nuestro cuerpo, pero nuestra alma es inmortal, ¿no?

Eso dicen, ¿verdad? Que yo sepa, la mayoría de las creencias dicen lo mismo y en esto están todos de acuerdo. El espíritu es inmortal, nos queda ese consuelo. ¿Verdad? Es una esperanza. ¿No es así?

Por eso, ahora viajo hacia esa luz acompañando al alma de nuestro amigo, espero que encuentre esa paz que en vida no tuvo, no tenga ese sobrepeso, pero siga siendo él. Como siempre, los grises le acompañan. Lo mismo que perros de presa, lo escoltan por decirlo de alguna manera para que sepa a dónde dirigirse sin apartarse de su destino, o eso creo yo. Ellos saben que yo también voy, pero también saben que estoy fuera de su radio de acción, porque, aunque muerto, todavía no lo estoy del todo, aún no estoy maduro para ellos. Por ahora hacen como si no estuviera, dejándome mover a mis anchas por esta dimensión que no tiene ni arriba, ni abajo, ni derecha, ni izquierda, ni tan siquiera un solo punto de referencia al que me pueda orientar.

Lo llevan en volandas hasta lo que parece ser una gran sala llena de butacas, muy parecidas a las de los barberos. Lo acomodan atándolo de pies y manos. Él, inocentemente, se deja hacer. Le ponen una especie de casco en la cabeza, en donde un tubo sale de su mismo centro. A una orden, una descarga de energía saca de su mente todos los recuerdos, emociones y enseñanzas aprendidas en su vida. Todo ello a una vertiginosa velocidad es transferida por el mismo tubo a la cabeza de esos seres que no son de nuestro mundo.

¿Para esto fuimos creados? ¿Para sufrir por ellos? ¿Para que luego nos saquen todas las experiencias sin pasar por ellas?

Primero nos alteraron biológicamente, para luego, una vez fallecidos, servirles de alimento. Inmediatamente que el alma abandone la carne, es secuestrada y exprimida hasta el último recuerdo de su vida.

Por eso se dice que fuimos creados a su imagen y semejanza, pero solo en eso, semejanza y nada más.

Nos usan, claro que sí. ¿Es que esperaban otra cosa? Para qué si no nos dieron la justa inteligencia, para poder bajar de los árboles y andar erguidos. Los antropoides pueden servir de alimento y ser unos esclavos, pero si a un primate le das la inteligencia necesaria para pensar, de esa manera adquiere conocimiento: amor, dolor y todas las sensaciones que enriquecen a un espíritu para su evolución. Somos como los robots en la cadena de montaje de cualquier fábrica, pero nosotros les fabricamos y montamos todo lo que un ser aprende en la vida y pueda ser necesaria para su progreso espiritual. Ingenioso, ¿verdad? Quizás en un futuro hagamos nosotros lo mismo con una raza que encontremos en algún planeta poco evolucionado. Quién sabe»

Fin

EL MILITAR

«El color caqui de su uniforme le proporcionaba un camuflaje perfecto. Ruido de obuses, ametralladoras y un fuerte olor a putrefacción completan un paisaje que no envidiaría ni al mismísimo infierno. Iba andando serenamente, sabedor de su trabajo, más bien de su cometido. Procuraba llenar su mente de recuerdos agradables para poder sobrellevar su asquerosa y ardua tarea encomendada. Saltaba por encima de los cadáveres y cráteres llenos de agua y barro. Miraba con precisión de avezado médico a cualquier cuerpo que se le atravesara en su camino. Cuando observa un movimiento o una queja, gemido o llamada de auxilio acudía. Miraba, evaluaba la situación y si veía que no merecía la pena evacuar al herido, le pegaba un tiro, irónicamente llamado *Coup de Grâce*.

Aquello era más barato y menos arriesgado que trasladar al supuesto herido.

Entre sus compañeros le pusieron el apodo del “Ángel de la muerte”. En un apartado recóndito de las trincheras tenía su particular habitáculo, aquello era territorio prohibido para los demás. Ahí era donde hacía su vida cuando su deber le dejaba tiempo libre.

Una noche después de una escaramuza, salió a hacer su habitual redada. Una voz lastimera le llamó la atención:

—Ángel de la muerte... aquí estoy esperándote —él, como de costumbre, le echó un simple vistazo. Estaba sentenciado a muerte, no había ninguna duda, esas tripas colgando anunciaban un final atroz. El desgraciado siguió hablando—. Mira..., hazme un favor, rebusca en mis bolsillos. Encontrarás una carta... Cuando acabe todo esto, por favor, haz llegar estas cuatro letras a mi mujer...

Nuestro oficial, con celeridad propia de un avispado carterista, halló la carta, se la guardó y acto seguido alzó su arma reglamentaria, acabando con el sufrimiento del moribundo. Un tiro limpio y certero, directo a la cabeza, en una fracción de segundos pasan de sufrir a liberarse con una muerte rápida. Por eso lo llaman tiro de gracia.

Como de costumbre, taciturno y malhumorado volvió a las trincheras sin decir una palabra a nadie. Si alguno tenía la mala suerte de cruzarse con él, aunque a riesgo de que le pegaran un tiro, procuraba por todos los medios evitar su encuentro. Corría el rumor de que si te miraba o te encontrabas directamente con él tus horas estaban contadas.

Sin más se fue a su apartado, dentro clavó la carta con una chincheta, juntas a tantas otras formaban un mosaico de papeles de despedida. Adyacente,

estaban los objetos personales de decenas de soldados muertos por su patria. Aquellas paredes rezumaban el sufrimiento de miles de desgraciados que esperaban algún día les llegasen sus últimas palabras a sus seres queridos. Aquello parecía un museo de los horrores de la guerra.

Nuestro hombre en su trabajo no distinguía entre unos u otros. Todos por igual se merecían su clemencia, tenía hasta objetos personales de varios soldados alemanes.

Como todo en esta vida, llegó a su fin, la guerra terminó. Millones de vidas se perdieron, y con ellas la juventud y la ilusión de toda una generación.

Nuestro oficial, al que yo seguía lo mismo que un perro faldero, consiguió sobrevivir. Se licenció y muy discretamente se llevó cuantas cartas pudo. Con su petate lleno de escritos y objetos personales, desapreció de la escena, llevando una vida discreta en el más absoluto anonimato.

Nadie en absoluto sabía nada del vecino taciturno y de pocas palabras, apenas un "buenos días". Lo mismo que en la guerra, vivía apartado de la sociedad a la que odiaba.

En su habitación, también tenía toda la pared empapelada de las misivas que esposos moribundos escribieron a sus queridas esposas.

Las tenía bien organizadas por orden alfabético y los objetos bien calificados, por su valor e importancia. «Todo a su debido momento», se decía.

Empezó por la primera letra: tenía unas cuantas a las que quería darle solución. Su promesa se mantenía firme, les daría en mano su misiva, a la que sin duda sus esposas estarían esperando.

A la primera se le presentó apareciendo un buen día en el umbral de la vivienda al que sin duda ella no esperaría tal visita.

—Buenos días, le traigo la carta de su esposo.

—¡Perdón! —respondió la esposa muy sorprendida.

—Usted disculpe, su esposo me confió esta misiva, rogándome se la hiciera llegar después de la guerra.

La esposa tomó la carta, la abrió y la leyó con una mezcla de avidez y emoción. Al poco se derrumbó en el sofá llorando.

Él, tomándose la confianza propia de un amigo de toda la vida, la estrechó entre sus brazos, diciendo:

—Por favor, desahóguese, es muy natural.

Ella, algo extrañada, se dejó llevar por la turbación y aprovechó ese fuerte pecho al que poder soltar todas sus angustias cohibidas.

—Quiere estar con su esposo, ¿verdad?

La esposa, interpretando una frase hecha con la supuesta intención de consolarla, entre hipos y sollozos respondió afirmando con un leve movimiento de cabeza.

—No se preocupe, estará pronto con su compañero —sacó su arma reglamentaria (que, como una gentileza del gobierno con sus veteranos de guerra, le permitieron conservarla), disparándole un certero balazo en mitad de la frente. La fémina no se dio ni le dio tiempo siquiera a pensar en lo que le estaba sucediendo. En un abrir y cerrar de ojos se encontró al otro lado. Su esposo la estaba esperando, contento de volver a ver a su idolatrada esposa, que, aunque no fuera la manera más ortodoxa de rencontrarse, ¿qué importaban los medios si el fin era reunir a los amantes esposos?

Nuestro oficial fue tirando de la lista y a cada encuentro preguntaba lo mismo, y a cada respuesta afirmativa, cumplía con el deseo de las señoras.

Sus ansias de cartero improvisado, le ganaron la bien merecida fama a la que sin duda él en un alarde de modestia muy sincera deploraba. Eran sus promesas que podían más que cualquier fama otorgada por una decrépita sociedad ávida de desgracias ajenas. Ahora su misión después de la guerra no era otra que el reunir a vivos con los muertos. Ya viendo que su fama le precedía, optó por acortar el encuentro con las viudas. Cuando llamaba a la puerta, se hacía presentar como el Ángel de la muerte. Ese apodo que anteriormente le supuso muchos quebraderos de cabeza ahora alardeaba del mismo. Siempre que terminaba con una misión, era tal la tranquilidad en la que se sumía que por las noches dormía cual niño en su cálida y confortable cuna.

Lo que pasa es que el tiempo lo borra todo y algunas tenían rehecha su vida. Así que, en lugar de mandar a la enlutada junto a su malogrado esposo, también mandaba a su actual pareja, por si el difunto quisiera arreglar cuentas con su desagradecida esposa, y su actual pareja, que en mucho de los casos era su mejor amigo, que en lugar de acordarse de su memoria, prefería beneficiarse a su viuda... En esos casos, se sentía orgulloso de su trabajo, llegando a matar dos pájaros de un tiro. Nunca mejor dicho.

El asunto llegó a tal escándalo que las autoridades se tomaron el tema muy en serio.

Nuestro oficial actuaba con total impunidad, ya que estaba convencido de su altruista actitud. Su metodología, que era muy sencilla, la ejecutaba con una total tranquilidad y naturalidad. Al proceder de esa manera, no despertaba sospecha alguna.

¿Quién iba a pensar que un gris y taciturno personaje, además veterano de guerra que llevaba una vida discreta, fuera el Ángel de la muerte?

Fueron pasando los años y su misión tocaba a su fin, ya no tenía cartas que repartir. Entonces, un gran vacío se apoderó de nuestro hombre. Lo que las autoridades no pudieron ejecutar, lo realizó él. Se metió dentro de la bañera. A continuación, lo mismo que si fuera un ritual, se rodeó de todos sus preciados objetos bélicos, dirigió su fiel arma reglamentaria a su boca, pegándose un tiro. Sus sesos se pegaron en el blanco alicatado del cuarto de baño, formando una rara pintura abstracta, que, si no fuera porque estaba formada de materia gris y sangre, cualquiera pudiera pensar en una auténtica obra de arte.

Su alma no tardó en salir de su cuerpo. Un alboroto de ladridos y gruñidos se acercaba, los grises vinieron en tropel. Lo escoltaron en su ascensión. A mí siguieron ignorándome. El desgraciado me miró como no comprendiendo lo que le pasaba. Yo en absoluto podía hacer nada por él y, aunque pudiera, poco o nada haría.

Lo condujeron a la gran sala de butacas, donde nuestros creadores del otro lado esperaban los conocimientos adquiridos por el oficial. La experiencia era tan fuerte que en cuanto llegaron a la mente del receptor, un grito de desagrado fue pronunciado por el mismo. En un movimiento de asco y repugnancia se desembarazó del artilugio, tirándolo fuera de él. Profiriendo su malestar se dirigió al responsable de la sala.

Después de una ardua y acalorada discusión, mandaron llamar a los grises, que se lo llevaron raudo a otro departamento. En la entrada rezaba lo siguiente:

“Asesor Espiritual”.

El habitáculo, decorado con escaso mobiliario, lo presidía un ser de lo más singular. Su faz era inexpresiva, su indumentaria era lo mismo que una funda por donde no se advertía cremallera alguna. El color de la misma era de un blanco mate que en consonancia con su pálida piel le daba un aspecto neutro, no diferenciándose su sexualidad.

Nuestro oficial, lo mismo que un buen chico, se sentó enfrente de él en una actitud propia de pobre paleto que no entendía nada de nada, ni el porqué de su nueva situación.

Empezó a hablar el asesor con esa voz característica de un aviejado burócrata.

—Sus experiencias han sido rechazadas.

—Perdone, pero no comprendo —respondió con cierta ignorancia en su voz.

—Mire, no me voy a ir con rodeos, seré franco con usted.

—Por favor, sea sincero, se lo agradezco —nuestro hombre conforme pasaban los minutos empezaba a recuperar ese aplomo tan característico que en vida tanto le ayudó.

—Sus vivencias son tan fuertes que nuestros dueños las han rehusado. Tendrá que nacer de nuevo para poder enmendar su sanguinaria vida pasada.

—¿Y si me niego?

—¡Imposible! Su alma está programada para prosperar, evolucionar para llegar junto al padre.

—Bueno, entonces, ¿puedo elegir la vida? ¿Tengo alternativas?

—Sí, desde luego tiene algunas, pero están limitadas a lo que nosotros creamos que pueda superar. Como comprenderá usted, lo que más interesa a nuestros dueños es que usted adquiera la mayor posible de buenos conocimientos y agradables experiencias en el beneficio propio de ellos.

—Entonces, ¿que ganó yo?

—Nada en absoluto, usted está programado para ello, simplemente es portador de los conocimientos adquiridos en vida, que luego traspasara a nuestros amos. Lo mismo que un simple disco duro que luego se mete en un ordenador, nada más. Ahora mismo, sin usted darse cuenta tiene unas ganas irresistibles de superarse, de seguro que está pensando en una vida llena de penurias y sufrimientos para alcanzar más deprisa el tan ansiado paraíso. ¿Así es, no? —era verdad, en la mente de nuestro oficial había una lucha entre él, que quería a toda costa superar las pruebas para evolucionar espiritualmente, y él que se decía una y mil veces que estaba haciendo el idiota y que lo único que querían sus amos era explotarlo espiritualmente—. Ve, como tenía razón, a mí no se me escapa nada. Aunque usted esté luchando, no tiene escapatoria. Lo mismo que un animal al que se le educa para una cosa en concreto, usted no puede escapar, aunque se resista. Esto es debido a algún fallo de la genética, al que nuestros amos están estudiando el tema para posteriormente solucionarlo. En cuanto su parte, digamos la más sensata gane a la parte más animal, empezará a sentir esas ganas irrefrenables de sufrir para gloria de sus creadores —ahora estaba absolutamente idiotizado, estaba claro que quería a toda costa pasarlo mal, de cualquier manera, tenía que ganarse el cielo, como fuera, aunque tuviera que nacer como el ser más inmundo y despreciable de todos—. Despacito, con tranquilidad. Toda prueba a la que usted se enfrentará deberá ser proporcionada a la evolución del ser al que tendrá que transmitir todas sus vivencias —el burócrata poniendo mucha pasión en su voz, siguió con su discurso—. Será usted un mediocre personaje, casado, con hijos, deudas de las que tendrá que ser esclavo de los bancos, se quedará calvo a los 30, su mujer le abandonará por uno más joven, sus hijos le dejarán sin dinero y morirá de cáncer de pulmón... Le garantizo, buen hombre, que esa

vida será dura, pero nuestros amos la han estudiado y a usted también, llegando a la sabia conclusión de que podrá usted sobrellevarla, se lo garantizo. Cuando muera, su cuerpo será reciclado y todas sus vivencias pasarán a ser de nuestros creadores. Y lo más importante, resarcirá su vida anterior, no para su beneficio, sino para el de su amo, que en definitiva así fue usted creado —el burócrata dejó pasar unos segundos y viendo que el desgraciado agachaba la cabeza, lo mismo que el moribundo toro en espera de que el matador le aplique el descabello, aprovechó su buena ventaja para seguir diciendo—. ¿No ha pensado aprovechar una oferta que tenemos? ¿Está usted contento con su habitual operador de Internet? No, no me conteste, porque le voy a proponer una oferta que no podrá rechazar. Escuche bien: todo incluido, más todo lo que usted pueda imaginar, se lo dejo más barato que su actual proveedor. ¡No sea tímido, aprovéchese de nuestras ofertas!

—¡¡Pero, oiga, está usted de guasa!! —nuestro oficial estaba atónito ante semejante conversación—. ¡Incluso aquí llegan los comerciales!!

—Bueno..., buen hombre, no se enfade usted, tenga en cuenta que lo recaudado es para los necesitados y usted hace una buena obra, no sea mal pensado... Hay que ver lo susceptible que es usted...

Ahora sí que estoy convencido, no quiero morir. Bueno, ya estoy muerto, pero no quiero ir a ninguna parte, ni que vengan a buscarme.

¿Dónde esconderme en este mundo al que no le encuentro ningún punto al que me pueda referenciar?

No quiero que mis experiencias vividas sirvan para otro, aunque sea mi supuesto Creador.

¿Dónde está el tan cacareado libre albedrío?»

Fin

LA BEATA

«Está rezando en una parroquia de un humilde barrio obrero. La potencia de sus oraciones emana de ella con mucho poderío, elevándose allá en dónde de seguro llegará a su destino. Puedo leer esos mensajes que en letras grandes y claras se elevan desde su ser hacia el firmamento.

Sus súplicas están llenas de peticiones y condiciones, es parecido a un contrato al que ella con gusto firmaría con el Creador.

—¿Qué te parece, Pedro?

—Lo veo razonable, su Deidad.

—La verdad, Pedro, que esta mujer le pone ganas. Es muy insistente y, además, me ofrece un buen negocio.

—Todopoderoso, aún así tenga en cuenta que no es la primera ni la última que prometen el oro y el moro, para luego desdecirse.

—Vamos, Pedro, ten fe en mis criaturas. No seas tan suspicaz.

—Yo ya no digo nada más, que luego va buscando un hombro en donde llorar, acuérdese de los desagradecidos que son estos mortales.

—Qué le vamos a hacer, Pedro, son mis criaturas, carne de mi carne, hechos a mi imagen y semejanza. ¿Cómo me puedo negar a ello?

—Usted verá, su Deidad, ya no aviso más. Allá Usted.

—Bueno, pues yo voy a correr el riesgo, tendrá lo que pide. Pedro, disponlo todo. Queda dicho y así será, no se hable más.

Pedro refunfuñó un poco más, pero ante la orden divina ya no le quedó más remedio.

De la noche a la mañana, a esta mujer, que era muy pobre, pasando más hambre que el perro de un ciego, le tocó el gordo de la lotería.

¿Qué pasó? Muy sencillo. Su casa se llenó de familiares lejanos y olvidados. Obviamente, ella en su conciencia recordaba las promesas hechas al Creador, dadas a cuenta de que le cambiara la suerte. Pues ahora era la ocasión de zanjar deudas con el Altísimo. Como bien exponía, su particular e imaginario contrato, al que sin duda era entre ella y el Altísimo, todo lo percibido se repartiría entre los necesitados, ella no quería nada más que la felicidad de los demás. En cuanto hubo cobrado el premio y con la protesta de sus familiares más allegados, decidió repartir su fortuna.

A nadie contentaba. Las peleas entre sus familiares, que le reclamaban más, ya que le echaban en cara el porqué los demás tenían que recibir más que ellos mismos. Así que los sobrinos y parientes se encargaron de espantar a los moscones, que merodeaban en busca de la dulce miel del dinero. Aquello se convirtió en un infierno. Las protestas de esos nuevos amigos y familiares en varios grados se combinaban con la de banqueros y asesores financieros que al olor del dinero se abalanzaron sobre la pobre mujer.

Fueron tales los dolores de cabeza que la mujer cayó enferma. Entre la alegría de verse rica y la desazón que le producían todos los problemas por culpa de ese dinero que volvía locos a todos, su enfermedad se agravó de tal modo que quedó postrada en cama. Los sobrinos y hermanos como perros guardianes la rodeaban, no consintieron en absoluto que nadie se le acercara, por miedo a que la mujer, en el delirio de su enfermedad, se le ocurriera donar o testar a favor de alguien que no fueran ellos mismos. Ahora que estaba postrada, rogaba a Dios que le devolviera a su estado anterior, cuando solo pensaba en sobrevivir.

—Pedro, mi criatura implora que le devuelva su felicidad perdida. ¿Qué hago?

—Ya le avisé, su Deidad, estos desagradecidos mortales nunca saben lo que quieren.

—¡Vamos, Pedro! Ya lo sé, algo hice mal con ellos, no tienen toda la culpa los pobrecitos.

—Como le dije antes, Usted verá... Yo me lavo las manos, que luego me culpa a mí de todo.

—Fortaleza, Pedro, no seas quejica, algo tenemos que hacer. Ella sí quiere cumplir su parte, son sus familiares los que se oponen.

—No me convence, su alteza. Hace más el que quiere que el que puede, una verdad como un templo, si me permite la expresión.

—¡Ni hablar! Mi buen ayudante. ¿No te da lástima allí moribunda, rica en dinero, pero pobre en familiares y amistades? —el Todopoderoso daba vueltas con la mano en la frente, muy pensativo murmuraba para sí mismo—. ¡Ya lo tengo! —exclamó asustando al bueno de Pedro.

Un apuesto doctor que la estaba tratando quedó prendado de la pobre moribunda. Por supuesto, con la ayuda del Altísimo, que mandó llamar a Cupido para que le atravesara el corazón de un certero flechazo.

Fue incomprensible, nadie daba crédito a lo que veían. ¿Cómo era posible que el amor fuera tan ciego?

Ella vio resurgir su salud por medio del amor. Sus sobrinos y hermanos se quedaron pasmados ante tan milagrosa recuperación. Poco a poco, fue sanando. El médico la cortejó como antaño se hacía, era todo caballerosidad personificada, detallista y muy cortés. La pareja anunció su enlace, ahora los familiares no tuvieron nada que objetar. Obviamente había un hombre en casa. La pareja vivió en un mundo de felicidad que fue colmado con tres hijos. La economía fluía como agua por un dulce y harmonioso manantial. Bastaría decir ¿que fueron felices y comieron perdices? pues yo, así lo firmaría.

—¿Qué te parece, Pedro?

—No sé, la verdad. Interferir de esa forma ¿no alterará el curso de su vida?

—¡De eso nada, es una forma de recompensar su lealtad!

—Pero, su Alteza. ¿Ha contado con su dueño?

—¿De qué amo me hablas? ¡El único Dios lo tienes delante de tus narices!

—Ya... pero ya sabe... los otros, los que manejan los hilos... ¿Usted me entiende?

El Todopoderoso se quedó pensativo, era verdad. El dueño de esta mujer de seguro que ya tenía pactada una vida, de la que por seguro cuando ella muriera todas sus experiencias pararían a él mismo. En esos pensamientos andaba cuando de repente sonó su móvil: el tono de la canción, *Jesucristo Superstar*, llenó todo el recinto celestial. Al Todopoderoso le encantaba esa melodía, siempre dijo que era de lo mejor que se ha compuesto en la Tierra. Dejó que sonara unos segundos para deleitarse, se fijó en el *display* del celular... Curioso, era un número privado, dudó, no fuera una operadora intentando venderle algo... En fin, se dijo. Su curiosidad pudo mucho más que su prudencia. En cuanto escuchó las primeras palabras, ya estaba arrepentido de haber contestado.

—¡¡Intolerable, inconcebible!! —el interlocutor manifestaba así su ira.

—Oiga, pero ¿quién es usted? —al Todopoderoso le temblaba la voz, claro que sabía quién era, solo quería ganar tiempo.

—Sabe usted perfectamente quién soy —el tono era áspero y cortante, no dejando resquicio para cualquier defensa—. Usted ha transgredido una ley universal. Ha cambiado el curso de la vida de mi alma. Sí, soy su dueño y no voy a consentir la pérdida de esa experiencia, ya está usted enmendando el error o me veré obligado a reclamar a estancias superiores. ¡No sabe usted con quién está hablando! Faltaría más, que un Dios de segunda clase me fastidiara la experiencia. Con lo que cuesta esperar una oportunidad, repito, ¡intolerable!

Mientras la ametralladora de quejas le atronaban los oídos, el Todopoderoso estaba más que dolido, con lo bien que le iba siendo un simple Arcángel, ahora todo eran problemas. Su madre, siempre prudente, ya le avisó con antelación: «Con lo bien que te va siendo un simple Ángel, ¿para qué te vas a complicar la vida? No ves que quieren a una cabeza de turco». Cuánta razón tenía su madre y por si fuera poco tenía el aliento en el cogote de San Pedro, continuamente dispuesto a decir lo de siempre: «Ya te lo dije».

"Ante grandes males, grandes remedios", esa frase sonó muy fuerte en su mente, haciéndole ver la solución al problema.

—No se preocupe, yo lo solucionaré y le resarciré con creces, no se impaciente —su voz sonó fuerte, segura y con arrojo.

—Eso espero, por su bien —el interlocutor pareció convencerse, optó por colgar abruptamente, dando a entender que seguía con su amenaza.

Inmediatamente después de dicha conversación, esta mujer devota de Dios lo perdió todo. Mal asesorado por buitres financieros, que la desplumaron vendiéndole productos tóxicos a un prometido alto interés, que de alto solo tenían el nombre y en cuanto hubo firmado, en una cláusula muy bien disimulada y en letra inelegible rezaba que el capital arriesgado estaba depositado para 200 años, aquello supuso un duro mazazo en sus finanzas. Luego la pandilla de familiares y nuevos amigos acabaron por raspar las migajas de su cuenta corriente. Tan buena era la mujer y tan inocente a la vez.

Pese a su desgracia repentina, ella nunca dejó de ir a su parroquia, ni tampoco renegó de su Dios y menos dejó de ayudar a los demás. Todo aquello le era grato al Creador.

—Lo ves, Pedro. Mi criatura me ama, me adora, aún después de esta dura prueba.

—Ya se verá, su Deidad —contestó Pedro no muy convencido.

—Espero que el dueño del alma esté satisfecho, ahora su experiencia se verá aumentada.

La llamada no se hizo esperar, el amo estaba al otro lado de la línea.

—De esta manera no me sirve, juega usted con ventaja —la voz sonaba socarrona con un deje mordaz.

—No entiendo, después de esto, ¿no me dirá que su alma aprenderá con el sufrimiento? —contestó el Todopoderoso algo contrariado.

—Puede que sí y puede que no... —replicó muy redicho.

—A ver si nos entendemos. ¿No se quejaba usted de que cambié indebidamente la vida de su alma? Pues ya lo tiene usted solucionado. Está peor que antes, ¿no? —el Creador estaba ya cansado del caprichoso amo, y de buena gana lo hubiera mandado a los infiernos, pero qué le vamos a hacer... Haciendo de tripas corazón, se mordió la lengua.

—Le repito que no me sirve, ya que usted benefició a mi propiedad y ella está prendada de usted, no me basta para resarcirme del desaguisado en que usted me ha metido. Sigo igual de perjudicado que antes. Mi alma tiene que sufrir mucho más. ¿Por qué no hace que mueran sus hijos? Eso sí que sería un gran sufrimiento. O si me permite otra idea, sería mejor que enfermara y quedara tullida para siempre.

Al Creador aquello le pareció demasiado y sacando ese pundonor que todos guardamos para casos extraordinarios y este era una emergencia, replicó enardecido.

—¡Imposible! Dios aprieta, pero no ahoga. Su salud la dejaremos, por ahí no paso —su determinación era tal que el dueño de esta desgraciada alma prefirió no tensar la cuerda y optó por una retirada a tiempo, que siempre sabe a una amarga derrota—. Bueno, bueno, no se me enfade usted, esperaré acontecimientos.

Acto seguido, colgó de muy malas maneras...

Sus tres hijos acabaron bajo tierra, y no es que fueran mineros: lo que sucedió fue que un buen día en el colegio donde estaban haciéndose unos hombrecitos, se les ocurrió la idea de hacer una excursión a las montañas, en donde la nieve les esperaba, prometiéndoles una agradable y divertida jornada haciendo muñecos de nieve.

En una curva cerrada de una mal cuidada carretera comarcal, los frenos del bus, a los que la dirección del colegio por falta de presupuesto hacía ya mucho tiempo que no se preocupaba del elemental mantenimiento, fallaron. Como era de esperar, el bus se salió, rompiendo el quitamiedos, que más bien no quitaba nada y menos al mastodonte autobús, que no fue rival alguno para él, de un empellón lo destruyó completamente. El caso es que, junto con otros muchachos, los tres hijos de esta mujer pasaron a mejor vida.

Aún así y después de esta desgracia que conmovió al país entero. Nuestra desdichada siguió cumpliendo con sus visitas a la parroquia, quizá con más fervor si cabe.

—Pedro, lo ves esta mujer es de lo que no hay. Te lo puedes creer, después de perder a sus hijos sigue tan fiel. La voy a proponer para Santa, es que se lo merece. ¿No crees?

—Su Deidad, nunca se sabe... Debería estar al corriente, estos humanos cuanto más les hacen sufrir, más les gusta y más lo necesitan. No ve que se aferran a un clavo ardiendo.

—Puede que tengas razón, Pedro, pero aún así lo de esta mujer es encomiable. Espero que su dueño este satisfecho —sonó de nuevo el celular—. ¡¡Maldito teléfono!! ¿Dígame? —aunque preguntaba, estaba claro quién era, el pesado y caprichoso dueño del alma de la desdichada.

Después de un tira y afloja, la cosa quedó en que esta vez la desdichada debería pasar por la experiencia de perder a su Don Juan.

El amor depende de muchas cosas: los hijos perdidos y el capital dilapidado hicieron que su marido, la envidia de sus amigas y un ejemplo a seguir por todos los maridos del mundo, se le ocurrió que bien podía ser ella la gafe, de que tantas desgracias acudieran a su familia, así que optó por lo que buenamente conocemos por meter tierra de por medio.

Sin hijos, sin marido y sin fortuna, arrastraba su maltrecho cuerpo hacia su anhelada parroquia. El fervor con que ahora rezaba daba incluso hasta pena, el mismísimo Creador tuvo vergüenza ajena. ¿En dónde guardaba esa paciencia esta mujer? ¿De dónde provenía la capacidad de sufrir?

Estas cuestiones irritaban al Todopoderoso, a lo que se preguntaba para sus adentros que si son a su imagen y semejanza, ¿no tendría él algo de masoquista?

—Pedro, estoy hecho un lío, ayúdame, viejo amigo —su lastimera voz le llegó al alma y dejando su orgullo aparte, decidió que ya era hora de ponerse en su sitio.

—¡¡No me hace usted caso!! Todo lo que le digo le entra por un oído y le sale por el otro. ¿Ahora quiere un hombro donde llorar? —siguió refunfuñando—. Le ayudaré, pero no por usted, sino por esa santa mujer...

En esa discusión estaban cuando sonó de nuevo el móvil. Pedro le hizo una señal al Todopoderoso para que le pasara el celular.

—Soy San Pedro, ¿dígame? —con voz firme y segura estaba dispuesto a torear a su interlocutor. La batería de protestas y reproches no se hizo esperar. Era tal el volumen de la voz del llamante que el Creador se asustó retirándose a una distancia prudencial, dejando el "marrón" para el voluntarioso Pedro—. ¡¡Un momento!! —cortó tajante el Santo—. Según su contrato de adquisición de almas, en el punto 4º/666 está bien expuesto que el cuerpo al que usted adquirió tiene todo el derecho a padecer según su albedrío. Con todo lo

expuesto, el Altísimo, a petición de su criatura, puede concederle ciertos beneficios, como en este caso nos ocupa.

—¡¡Ni hablar!! —replicó el iracundo amo. Siguió disparando—. Según reciente sentencia del Alto Tribunal Superior de Justicia de la Comunidad de Inter-Dimensiones, y a petición de la Oficina del Consumidor, ese punto está declarado como cláusula abusiva de contrato.

Era verdad, San Pedro tuvo que reconocer que sabían muy bien el resultado de dicho veredicto, que dejaba las manos atadas a cualquier Creador que quisiera premiar a sus propias criaturas. Últimamente, los consumidores habían ganado varias sentencias: los tribunales iban cambiando de parecer según la fuerza del momento de los usuarios. Corrían vientos desfavorables para las altas jerarquías, ya nada era como antes. Un milagro bien hecho y te ganabas a todos para los restos de los tiempos, pero ahora había que hilar muy fino para no perjudicar a los consumidores de almas. ¡¡Malditos contratos!! Pedro estaba muy enfadado, no podía ayudar a su querido jefe. Optó por su exquisita diplomacia para aplacar las iras de este cliente al que sin duda no se conformaría con poca cosa.

—Está usted en lo cierto, mil perdones. Hablaré con mi superior para luego subsanar este malentendido.

—Eso espero o la demanda será tan larga que estaremos litigando por toda una eternidad —la contestación no era un farol y había que tomársela muy en serio.

—jefe —dijo Pedro muy solemne—, esta mujer nos tiene que aborrecer o estamos perdidos.

Las personas empezaron a murmurar sobre esta mujer que, perdiéndolo todo, seguía con su fe intacta. Las comadres cuchicheaban, se decían que aquello era imposible, que si tenía algún pacto con el maligno, que si estaba liada con el cura de la parroquia, que si vivía de la prostitución y por si fuera poco, los rumores la ubicaban con una echadora de cartas que estaba en contacto con los muertos. Todo aquello acabó minando la poca fortaleza que le quedaba, ya incluso aunque quisiera no podía acudir a su parroquia. El mismo párroco le aconsejó con alguna indirecta lo prudente de no aparecer por la misma durante un tiempo.

La mujer sola, arruinada y sin poder ahogar sus penas, deambulaba por el desierto de su vida. Llegando a este punto se abandonó, quejándose de sus desgracias. Aunque cansada y hastiada, no acusó a Dios de injusto, ni tampoco lo traicionó eligiendo a otro Creador o Santo.

Al contrario, apeló a su misericordia...

—¿Acaso ves como yo? ¿Acaso estás hecho como nosotros, imperfectos, débiles, llenos de amarguras y cobardía? ¿Tu tiempo es como el nuestro? ¡Tú sabes que no soy culpable de nada! ¿Entonces para qué tanto sufrimiento? ¿Por qué me castigas de esa manera? ¡¡Si soy culpable, mátame entonces!! ¿Tú me diste la vida, tú me la quitas? ¿No entiendo el porqué de tu destrucción?

¡Antaño fui dichosa a tus ojos, me cuidaste y procuraste que no me faltara nada! Ya sé que fuiste tú quien nos hizo, y no nosotros. Cuánto hay de injusticia en crear a un ser para luego destruir su espíritu.

No me dejas alternativa, nada más que volver a la tierra, el descanso de la muerte me llama con fervorosa impaciencia —lo trataba de tú, lo mismo que si fuera un íntimo amigo, eran muchos años de rezos y ruegos, bien podía permitirse tal familiaridad...

¿Estará contento su dueño? ¿Es necesario tanto sufrimiento?

Siempre, las enseñanzas de cualquier religión hacen buen hincapié en la forma de portarse en vida para luego alcanzar el supuesto paraíso. ¿Debemos de pensar que esta mujer lo alcanzará para su propio beneficio o será para su dueño?

Ahora que está al borde del suicidio. ¿Cambiará su Creador de parecer o lo perderá todo?

Apearse antes de tiempo ¿es un pecado capital, no? Rompes dos contratos: uno, con tu Creador, que nos hizo a su imagen y semejanza (intolerable que una de tus criaturas se mate y más pareciéndose a uno mismo); dos, al que de verdad perteneces (ya que cuando mueres, no eres tú, eres un alma con unas ansias de pasar pruebas y cuanto más penosas, mejor para luego alcanzar un puesto al lado del Creador).

“Tres cosas hay en la vida: salud, dinero y amor. El que tenga esas tres cosas que le dé gracias a Dios”»

Fin.